

Javier García de María

Los creacionistas, el Diluvio y los dinosaurios

*Los creacionistas, el Diluvio y los dinosaurios, septiembre 2014
www.javiergarcia.de/pensamientos*

A propósito del artículo de
Rubén Ezquerra Miguel, “El creacionismo deja huella”, *Investigación y Ciencia*, agosto
2011, p. 48
La primera redacción de
“Los creacionistas, el Diluvio y los dinosaurios” siguió a este artículo (2011)

La interpretación literal de la Biblia lleva a los creacionistas a afirmar que los dinosaurios se extinguieron a causa del Diluvio Universal. Contra tales afirmaciones Esquerre Miguel cree que la “ciencia debe continuar defendiéndose a través de la divulgación”. ¿Defenderse ante doctrinas a científicas? Hoy ya no. Esos tiempos pasaron.

Sin embargo, entrando en el discurso creacionista con un poco de humor, que no argumentativamente, ¿por qué se había de querer la extinción de los dinosaurios al Diluvio? Las conclusiones defendidas por sus propuestas maravillan, pero, ante todo, desconciertan. Son paradójicas. Y tan paradójicas que resultan hilarantes.

Por mor de la coherencia, propia y de su Divinidad, los creacionistas deberán reconocer, por un lado, que Dios le dio a Noé instrucciones muy claras y precisas (*Génesis 6, 19-20*): “(19) Y de todo ser viviente, de toda carne, meterás en el arca una pareja para que sobrevivan contigo. Serán macho y hembra. (20) De cada especie de aves, de cada especie de ganados, de cada especie de sierpes del suelo entrarán contigo sendas parejas para sobrevivir”. Escrito está, que dirían ellos.

Por otro lado, y antes de refutar los descubrimientos de la ciencia apoyándose en el relato bíblico, los creacionistas deberían asegurarse de que sus teorías son escrupulosamente compatibles con el mandato y las directrices del dios. Si no fuera así, podrían hacerse sospechosos de estar corrigiendo el guión de Yahveh (también llamado Jehová, según se lea... o se tema).

Independientemente de que tal actitud se antoje insolente, sucede que si los creacionistas son consecuentes con la literalidad, deberían recordar, por su propio bien, otro

pormenor extremadamente bíblico: Yahveh o Jehová, ¡a este dios no se le discutía! Los antiguos hebreos, y no digamos los egipcios, podrían hablar largo y tendido sobre el inflexible talante de su Todopoderoso. Y sobre sus nada divertidas represalias. Escrito está, que dirían ellos.

El punto de partida de la narración bíblica es que Yahveh/Jehová había decidido castigar y exterminar a los humanos, no a los animales (ni a las plantas, se ha de suponer). Gracias a las medidas que tomó, y a pesar de los incommensurables ‘daños colaterales’ sufridos, las especies entonces existentes habrían sobrevivido y se habrían multiplicado hasta nuestros días.

¿No así los dinosaurios? ¿Por qué? Noé también tendría que haber escogido una pareja de cada especie de dinosaurio. Como mínimo tenían derecho a entrar en el apartado de seres vivientes y desde luego en ningún versículo se puede leer que en su cólera Yahveh dijera que los dinosaurios pertenecían a la raza esa perversa que estaba infectando su amada creación y que había decidido erradicar de la faz de la tierra.

Pasando por alto tanto la irreverencia de los unos como la iracundia de su bíblico dios, la primera conclusión es que se presenta harto difícil, e incluso gratuito, atribuir la extinción de los dinosaurios a los designios de la Divinidad. ¿Habrá que

buscar como posibilidad alternativa en el tamaño del arca y en el personal arbitrio de Noé?

Se podría especular que, bien porque Yahveh no los mencionó expresamente, bien porque no pertenecían ni a las aves, ni a los mamíferos ni a los reptiles, a Noé se le pasaron por alto (!) los dinosaurios. Por otro lado, y si se considera el número de especies existentes en la actualidad, es de sospechar que en el arca no podía sobrar mucho espacio. Por lo mismo, Noé podría haber pretextado razones de puro pragmatismo. Cuesta creer, por ejemplo, que se aviniera a meter sin congoja el centenar largo de toneladas que podían aportar una pareja de diplodocos acompañada de otra de argentinosaurios. Con un par de especies de similar calibre, que por haberlas las había (seismosaurios, ultrasaurios, braquiosaurios, etc.), se le habría ido la barca a pique.

Por lo demás, y dentro de la misma línea de pensamiento, sería perfectamente comprensible que si se le ocurrió la idea de embarcar a un tirannosaurus rex acompañado de su obligatoria tirannosauria regina la rechazara sin más consideraciones. Obvio: con ellos y un par más de invitados tan voraces y carnívoros, como muy tarde a mediados del diluvio podría haberse encontrado con que su arca estaba vacía.

Asombro nuestro y patriarcal desazón aparte, no todos los dinosaurios pesaban decenas de toneladas ni tenían dientes

como cuchillos de monte. Había dinos tan humildes y mesurados como los compsognatos que habrían tenido derecho a la vida y a un rincón en el arca para acomodar sus moderados kilos y centímetros.

En el relato bíblico no se encuentra que Yahveh llamara al orden a Noé por la exclusión de una u otra especie. De haber sido así, Noé, y por lo mismo la posteridad, ise iba a haber enterado! Con seguridad, y repetimos: escrito está que el temperamento de Yahveh no admitía muchas glosas a sus disposiciones.

Por lo mismo, la siguiente conclusión es que la desaparición de los dinosaurios tampoco se habría debido a olvido o a oposición por parte del venerable, y justo, patriarca.

Entonces, ¿por qué desaparecieron los dinosaurios con el Diluvio? ¿Aceptarían los creacionistas la conclusión de que se atropellaron y extinguieron al salir en estampida de la claustrofobia del arca? ¿O que los dinosaurios no supieron adaptarse a la nueva situación posdiluviana y que esa es la verdadera causa de su extinción? Ambas razones se antojan espurias e inconsistentes: en un caso u otro alguna pareja habría tenido que sobrevivir. Como las demás. Pero por lo que se ve, no. Todos los dinosaurios extinguidos.

Nuevamente se llega a la conclusión, la tercera, de que tampoco se debe achacar a accidente posdiluviano alguno la

extinción de los dinosaurios: las otras parejas del arca fueron suficientes para restablecer sus respectivas especies. Ese era el plan de Yahveh. Escrito está, lo hemos visto: “para que sobrevivan contigo”, “para sobrevivir”.

La ciencia mantiene que los dinosaurios llevan 65 millones de años extinguidos. Los creacionistas son muy libres de no estar de acuerdo con esta propuesta. Ahora bien, si insisten en que los dinosaurios existían en el momento del Diluvio, deberán responder a la pregunta de por qué se había de olvidar Dios de ellos o de por qué habría de excluirlos de la supervivencia. Por muy grandes y terribles que parecieran, seguro que no eran viciosos ni corruptos ni prevaricadores.

Como conclusión final (por el momento): que los creacionistas deberían preguntarse si no están enmendando la plana a Yahveh/Jehová. Insistimos.

Si los dinosaurios no habían conseguido entrar en el arca es manifiesto que aquí se les acababa la historia. La cantidad de huesos que, involuntariamente, dejaron todos los ahogados sería más que sobrada para dar cuenta de los fósiles encontrados. Además de que toda el agua caída sería suficiente como para ahogar hasta el último mico.

Con lo cual hemos entrado en el Diluvio mismo. Los creacionistas también deberían entrar. Hasta ahora no se me había ocurrido pensar en el agua. No se me había ocurrido

calcular ni cuánta cayó ni cuántos metros cúbicos por segundo, digamos, debieron derramar las compuertas del cielo (y las fuentes del gran abismo) para que en sólo cuarenta días y cuarenta noches las aguas cubrieran toda la superficie de la tierra, toda. Escrito está.

Regalando los 15 codos en que el nivel del agua debía sobrepasar las cimas de las montañas más altas, que incluyen naturalmente los catorce ochomiles del planeta y no sólo el monte Ararat, donde se entiende que embarrancó el arca, pero que apenas sobre pasa los 5.000 metros de altura, el resultado salvo error o equivocación son 1.307,67 km³ por segundo.

Para comprender la magnitud de esta cifra compárese con un ejemplo de nuestra realidad actual: esos mil trescientos kilómetros cúbicos largos agotarían unas 33,27 veces la capacidad de la gigantesca presa de las Tres Gargantas de China, la más grande del mundo. Recuérdese: por segundo.

Sin embargo, esa casi inconcebible precipitación por segundo es únicamente la parte por el todo y no el quid de la cuestión. La esencia es la inimaginable cantidad de agua que se requería para alcanzar la meta perseguida - cubrir toda la tierra, toda: debió de ser algo así como 4.519.331.609 km³. ¿De dónde salió semejante exageración? Del cielo, desde luego. Pero no parece ser que las nubes den para tanto... y las fuentes del gran abismo son... eso, una abismal incógnita.

La procedencia del agua no será fácil de esclarecer, no así su carácter de medio para un fin ni la justificación de su cantidad. Se podrá especular sobre si acaso el método elegido no resultaba un tanto rudimentario para la omnipotencia de un dios. Soslayemos la lucubración: lo que cuenta es la eficacia. Tanto el porqué de la cantidad como la conclusión lógica son evidentes: solamente cubriendo hasta el último copo de las nieves perpetuas de todas las cumbres del Himalaya, con el Everest incluido y quince codos más, podía evitarse que alguien de los condenados pudiera sobrevivir en ellas y burlar los designios del Todopoderoso.

Cumplido el objetivo y pasada la descomunal tromba, el mundo debía volver a ser habitable. En su poder, Dios “hizo soplar un viento sobre la tierra, y las aguas empezaron a bajar”. “Poco a poco las aguas se fueron retirando” (*Génesis* 8,1 y 8,3) y en apenas un año, exactamente para el 27 del 2 del año 601 del longevo patriarca (Noé había entrado en el arca el 17 del segundo mes de sus 600 años, *Génesis* 7,6 y 8,14), Noé podía salir del arca a pie enjuto. La tierra estaba seca. Escrito está: seca.

La rapidez con que desaparecieron las monstruosas cantidades del agua caída del cielo fue por tanto sensacional. A los dinosaurios ahogados la rapidez no les sirvió de gran consuelo, pero, por lo que se ve, tampoco a otros damnificados

de vida acuática ellos, como los ictiosaurios o los plesiosaurios, que, aunque no fueran exactamente dinosaurios, eran igual de inocentes. También ellos desaparecieron. Los tiburones, las ballenas y los delfines no, pero ellos sí. Una conclusión inconclusa.

Aunque ya no afectara a los dinosaurios muertos ni a sus fósiles, el tema de la rauda desaparición de las aguas plantea una pregunta inevitable. Pone sobre la mesa el enigma inverso, pero parejo, al de la procedencia. El fondo de la cuestión no está en la rapidez: el problema es a dónde se retiraron las aguas... si el mundo entero había quedado sepultado por ellas.

Incluidas la atmosférica, la subterránea y la superficial se calcula que en la Tierra quedan actualmente unos 1.386.000.000 km³ de agua (*US Geological Survey*). Podemos suponer, y seguramente los creacionistas también, que es una cantidad razonable para ser aceptada como la previa al Diluvio. En cuyo caso, la conclusión es que esos miles de millones de kilómetros cúbicos caídos debieron retirarse... al espacio. Lógico. Y casi tan rápidamente como del cielo habían llegado. Se volatilizaron. ¿Por evaporación? ¿De dónde pudo proceder el calor exigido? ¿De un par de más que titánicas erupciones solares? Ya puestos...

Se necesitaba algo gigantesco y formidable para restablecer el *statu quo ante*; algo sumariamente superior a un viento o mil

cyclones. Si adelantáramos el calor como hipótesis espontánea, digamos, es seguro que el necesario para vaporizar las colosales cantidades de agua de la diluviana hecatombe habría sido tan terrorífico que habría dejado petrificado al más templado. Incluidos los dinosaurios... o sus huesos.

¡Faltaría que hubiera que buscar ahí la explicación de los fósiles!

Números para entender el Diluvio

Volúmenes y tamaños terrestres	km / km ³
Radio ecuatorial de la Tierra (<i>World Geodetic System 1984</i>) - km	6.378,137
Radio polar de la Tierra (<i>WGS 84</i>) - km	6.356,752
Radio medio de la Tierra (<i>WGS 84</i>) - km	6.371,000
Radio medio de la Tierra más la altura del Monte Everest (8.848 m) - km	6.379,848
Volumen de la Tierra con radio medio - km ³	1.083.209.449.854,72
Volumen de la Tierra con radio Everest - km ³	1.087.728.781.464,55
Diferencia entre volúmenes con radio Everest y con radio medio - km ³	4.519.331.609,832
Total agua en la Tierra en km ³ (<i>US Geological Survey</i>)	1.386.000.000
Capacidad de la Presa de las Tres Gargantas (China) - 39.300 millones m ³	39,30

Cifras para el Diluvio

Total agua caída: diferencia volúmenes r. Everest

/ r. medio - km ³	4.519.331.609,832
Agua caída por segundo - km ³	1.307,677
Proporción agua caída por segundo sobre capacidad Presa Tres Gargantas	33,274
Porcentaje agua caída sobre agua existente actualmente - %	326,07
Agua desaparecida tras el Diluvio en km ³	¡Toda la caída!

Si el lector deseara prescindir de los decimales y aun convertir en ceros un par de dígitos a la inmediata izquierda de alguna coma, no se inhibía: ¡todavía quedaría agua suficiente como para que ese monstruoso y singular aguacero llamado Diluvio Universal mantuviera su apocalíptica y aniquiladora función!